

Lección XV

7 de abril de 1965

Este gesto tipo Churchill está para mostrar a quienes, desde hace 3 semanas, habiéndose encontrado aquí, en mi curso abierto o en mi seminario cerrado, no han podido ver empaquetados en una especie de muñeca, como se dice, esos dedos que en últimas tal vez me los agarró la puerta que intento abrir para ustedes.

Me satisfizo hacer palpable, en el seminario cerrado, que se hizo algún trabajo (y no sólo que se puede hacer), en lo que intento esbozar como camino por recorrer. Este año, seguimos ese camino en torno a la función del significante y de sus efectos; de sus efectos con los cuales determina al sujeto, singularmente, por rechazarlo... por rechazarlo a cada instante de los efectos mismos del discurso.

Como me enteré que el año pasado se comentó en un informe sobre las cátedras para la admisión a profesor universitario, es decir, que se trataba de un título, si entendí bien, que era el “de la palabra verdadera y de la palabra engañosa”, a saber, que el sujeto no había sido inventado por Lacan y por Claude Lévi-Strauss, que ya Platón, quién sabe si Parménides, se habían interesado en ello. Es un comentario excelente, en verdad; esto me permitirá responderle a quienes, habiéndome escuchado en los cursos de los años pasados, se impacientaban con que ese discurso, en su opinión, no culminara en conclusiones suficientemente rápidas. ¿Por qué —se lo decía así y no sin pertinencia ni humor—, si tanto nos habla de la verdad, no dice lo verdadero sobre lo verdadero?

Algunos de estos impacientes han cambiado de bando, contentos en últimas de volverse a reintegrar a esas formas de enseñanza en las que se alegra uno de sentirse seguro con ciertas coordenadas opacas que pueden dar la sensación de que ahí ¡sí se tiene el objeto último! ¿Es tan seguro que se tenga razón al contentarse con ello, y que esta opacidad misma no sea el signo de que ahí sea donde está la verdadera ilusión, si puedo decirlo, a saber, que se contenta uno demasiado pronto, y que la verdadera honestidad está tal vez ahí donde siempre se deja la apertura del camino sin cerrar, la verdad inacabada?

Esto era lo que, en verdad, encontraba yo siguiendo la indicación de ese informe. Encontraba (por supuesto que no lo descubría en esta ocasión) a dónde los remito, a saber, al mismo tema nuestro de este año, ese libro de Platón que se llama el *Cratilo*, y donde verán, entre Hermógenes, Cratilo y Sócrates, proseguirse un diálogo bastante útil que no termina más que en la valorización de una completa sin salida en el debate y donde Sócrates, despidiendo a Cratilo, a quien, incontestablemente [...], despide con la fórmula:

Pues bien, camarada mío, hasta la próxima ocasión. Me instruirás al volver, es decir, cuando hayas reflexionado bien en todo lo que constituyó nuestro rompecabezas de hoy. A lo que el otro responde: Entendido. Por tu parte, intenta pensar más en ello.

Tal diálogo, éste entre otros en todo caso, si no todos, está ahí para que captemos que los diálogos de Platón, lejos de decir lo verdadero sobre lo verdadero, están hechos expresamente para dejarnos en suspenso, dando de verdad la sensación de que sabe más de lo que nos entrega, y esto sin equívoco. Si sabe más de lo que nos entrega y si no lo dice, hay ahí alguna razón que a decir verdad, aun cuando nos la dijera, no se avanzaría mucho más, pero que ya, en las huellas que nos da, puede leerse más allá lo que, luego de él, constituye nuestro camino, y muy precisamente el lugar está marcado por, por ejemplo, lo que la experiencia de lo inconsciente puede llevar a decirles. Tal vez tengan ustedes ocasión de abrir ese libro durante las vacaciones. Eso me gustaría, en la medida en que ahí podrán hallar, marcado netamente, lo que constituyó el nódulo de la tradición clara, perfectamente legible del λεκτόν, considerando el estatuto del significante. Allí hallarán confirmado lo que, al principio, voy a intentar resumir así, de una manera que nada tiene de original, lo que está inscrito al comienzo de esta tradición y que reposa en la oposición, concerniente a la función del significante, entre esas dos grandes funciones que Aristóteles admirablemente distingue, plantea, afirma en su simplicidad³⁻⁶ y de donde conviene partir para ubicarse respecto a todo lo que se dijo después y que seguramente no data ni de Saussure ni de Troubetzkoy ni de Jakobson, teoría del significante que ya los estoicos y particularmente por ejemplo un Crisipo¹⁹ había llevado a un punto extremo de perfección. *Signans* y *signatum* están circulando ya hace unos dos mil años.

La oposición es la de ὄνομα y de ρῆσις. La función de la nominación merece reservarse como original, como teniendo un estatuto opuesto al de la enunciación o de la frase, sin importar cuál sea, proposicional, definicional, relacional, predicativa; de la frase en tanto nos introduce en la acción eficaz del síntoma. Culmina en esta captación cuyo culmen es la formación del concepto; es algo que, por otra parte, deja en suspenso la función de la nominación en la medida en que introduce en lo real ese algo que denomina y que no basta con resolverlo en torno a una manera de hacer que la etiqueta que permite reconocerla se ajuste a una cosa que ya estaría dada.

Ya hemos insistido suficientemente en el hecho de que esta etiqueta está lejos de llegar a considerarse como algo que sería el redoblamiento, la lista, la lista hecha, pura y simple, de algo que ya estaría almacenado, si puede decirse, bien dispuesto, como un registro de accesorios. La nominación, la etiqueta en cuestión, parte de la marca, parte de la huella, parte de algo que, al entrar en las cosas y modificarlas, está en el comienzo de su mismo estatuto de cosas. Y es por eso que esta función de la nominación trae consigo una problemática, problemática en torno a la cual giran Hermógenes, Cratilo y Sócrates; Hermógenes adquiere este aspecto de la verdad por enunciar sobre la nominación que es la que se desarrollará luego, en la insistencia sobre el convencionalismo de la nominación, sobre el carácter arbitrario de esa elección del fonema que [...] tomado en su materialidad, tiene algo de indeterminado, de voladizo... ¿Por qué llamar a esto así y no así? Nada nos obliga a captar lo que podría llamarse una semejanza, una conveniencia de la palabra con la cosa y sin embargo... y sin embargo Sócrates, Sócrates el dialéctico, Sócrates el interrogador nos muestra su inclinación muy clara hacia las enunciaciones de Cratilo, quien en otro radicalismo, insiste en mostrar que allí no podría haber función eficaz de la

nominación si el nombre, en sí mismo, no incluyese esta perfecta conveniencia con la cosa que designa.

Es en la operación, a menudo divertida, siempre paradójica, y en verdad de una desenvoltura bien hecha para liberarnos de todo tipo de prejuicios que tengan que ver con ciertas costumbres tradicionales, que tengan que ver con la génesis de la significación y particularmente con todo lo que se llama etimología, que nos muestra con esta facilidad, esta gran frescura, casi ese juego con el cual se hace valer ante nosotros esta interrogación del significante fonemático, la manera como las palabras son recortadas, incitadas, en el debate. Con la manera como se conduce el juego, en torno a una supuesta expresividad del fonema, nos muestra seguramente algo diferente a lo que se confunde con ingenuidad. Porque yo creo que lo que Platón nos demuestra en este ejercicio, en esta manera de investigar, como si creyera en eso, los elementos primarios en las palabras, gracias a lo cual podríamos interrogarlos; de la manera como responden a lo que se ven llevados a designar; en la manera como juega con la palabra *οκληρός*, que en griego quiere decir *duro*, y sobre el que él nos hace notar que la labial, y el *re* de *rei* quiere decir *fluir [couler]* en griego, se adapta muy poco a la dureza que se quiere expresar con la palabra *οκληρότης*. Que lo que en verdad él nos muestra es algo, a saber, ese ejercicio que consiste en mostrarnos en todo lo que se relaciona con esta función de la nominación, lo cual es importante, lo que nos muestra él en su juego con las palabras, es la manera de cortarlas con tijeras. Es también porque lo esencial en la función y la existencia del nombre no es el corte, es, si se lo puede decir, lo contrario, a saber, la sutura.

El nombre propio sobre el que dirigí su atención al comienzo de este discurso (al mismo tiempo que, por otra parte, sobre la función del número), dirijan por un instante su atención a lo que el nombre propio tiene de esencial. El nombre propio, ya en su nominación, *ὄνομα ἴδιον*, entraña esa ambigüedad que ha permitido todos los errores, de querer decir por una parte el nombre que es propio a alguien o a algo, a tal o cual objeto, que es el nombre especificado en la pura función de la denotación, para designar. Pero propio quiere decir también nombre propiamente hablando. ¿Y no es ahí donde hay que ver lo esencial de esta función del nombre propio, a saber que, entre todos los nombres, este es el que nos muestra de la manera más propia, la más propia de la función del nombre, qué es el nombre?

Ahora bien, si con esta fórmula vacía se ponen ustedes a mirar, les encargo que lo hagan (el tiempo, además del incidente técnico que atrasó el comienzo de mi discurso el día de hoy, el tiempo me falta para ilustrárselos con un gran número de ejemplos), verán que, de todos los nombres, sin importar cuáles sean ni la extensión que podamos darle a la función de la palabra nombre, que, de todos los nombres que hemos de interrogar bajo este aspecto de la nominación, el nombre propio es aquel que presenta más manifiestamente ese rasgo que hace de toda institución fonemática del nombre, del acto fundador del nombre en su función de designación, ese algo que siempre contiene en sí esa dimensión, esa propiedad de ser un *collage*. En la estructura misma del nombre propio, es dejar escapar algo esencial como ese supuesto nombre particular que se le había dado al individuo... ese algo a lo cual

el enunciado de Claude Levi-Strauss en *El pensamiento salvaje*, cuando haría del nombre propio (lo cual lleva él hasta sus últimas consecuencias, hasta el término de la designación del individuo) la punta y en cierta forma el perfeccionamiento de la función clasificatoria, es demasiado fragmentario y demasiado parcializado.

Nos falta lo que ya planteé aquí: que el nombre propio siempre quedará inscrito en el punto donde justamente, la función clasificatoria, en el orden de la $\rho\eta\sigma\iota\varsigma$, choca, no ante una muy grande particularidad sino al contrario ante una desgarradura, la falta, propiamente ese hueco del sujeto, y justamente para suturarlo, para enmascararlo, para pegarlo. Aquí adquieren todo su valor algunas de las cosas que fueron dichas en el seminario cerrado, y particularmente cuando alguien vino a aportarnos su experiencia de autor, literario, y nos habló de sus dificultades con un nombre propio dado a un vano personaje inventado sin embargo. Le pareció que el nombre propio no era algo tan arbitrario como para que se le pudiera dar cualquiera. La manera como el *collage* cuya sutura destinada a enmascarar ese hueco, tanto más evidente cuanto ahí se trataba del hueco representado por un personaje inventado, es ahí testimonio de esa experiencia que se encuentra marcada asimismo en la de todos aquellos, novelistas, dramaturgos o que tengan esta función, de hacer surgir personajes más verdaderos que los personajes vivos y buscan designarlos de una manera que nos los haga sensibles.

¿Habré de recordarles al respecto, haciendo eco a antiguos períodos de mi enseñanza, hasta qué punto toma esto relieve en ciertas obras y particularmente en la de Claudel, *Sygne de Coûfontaine*, extraña y resonante designación para ese personaje que nos muestra, en la obra de Claudel, algo bastante singular? ¿Nos hallamos ahí en el derecho o en el revés de la revelación cristiana, cuando Claudel forja para nosotros bajo ese personaje femenino esa especie de Cristo singular, que acumula en ella todas las humillaciones del mundo, que muere diciendo no? Sygne de Coûfontaine, quien porta, enmascarado en su nombre ese significante singular, el primero, de hecho ambiguo, entre el nombre del pájaro de cuello curvo y la designación propia también de ese signo [*signe*] que se le ofrece al mundo de algo de una actualidad muy singular, en el momento en que surge esta trilogía de Claudel, y este extraño Coûfontaine donde volvemos a hallar el eco de esta forma del cisne [*cygne*] donde se nos designa que viene hacia nosotros la fuente nuevamente abierta, aunque invertida de un antiguo mensaje. Esa palabra que además lleva consigo esa preocupación, esa huella del significante elemental en esta \hat{U} con acento circunflejo que era tan importante para él (lo dije en otra ocasión, lo recordé en mi seminario), fue necesario hacer forjar un signo tipográfico que no existe en la lengua francesa para las mayúsculas, para que el circunflejo con que está coronada la \hat{U} de COÛFONTAINE pudiera ser llevada a la imprenta. Sir Thomas Pollock Nageoire..., ¡qué invento! porque con esta extraña nominación ¿no sabemos ya lo suficiente sobre el personaje de *L'échange*²⁵, para saber todo lo que ocurrirá en el drama? Esta vida singular del nombre propio la volverán a hallar, si saben estar atentos, si saben escucharla, en todos los nombres propios, ya sean antiguos, reconocidos, clasificados, o ya sean los que pueden ser forjados por el poeta.

Creo en verdad que si fuese necesario agregar algo a ese especie de residuo, de escoria, en torno a la cual se vio llamada recientemente a opinar la atención de las personas del seminario cerrado, a saber, ese “POOR (d) j'e-LI” del cual el análisis de Leclair, en lo que concierne a su parte, en este informe inaugural sobre el inconsciente donde algo había sido promovido, por él y por su coautor, a la atención de un auditorio psicoanalítico más vasto, respecto a la originalidad de lo que pude yo acentuar en la enseñanza de Freud sobre lo inconsciente, ese algo del que pude leer, no sin satisfacción, en la pluma de alguien ciertamente no amistoso, que todo el mundo sabía, desde Freud, que el hecho de la enunciación de lo siguiente: que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, desde Freud, ¡era una perogrullada! En lo que me concierne, es seguramente lo que yo pienso, aún cuando haya llegado por aquel que sólo pretende decirlo para contradecirme; pues bien, dios mío, si lo saca es para algo, tanto más cuanto que el personaje en cuestión, y que le hace una objeción a lo que enuncio, siente la necesidad de connotarlo, de comentarlo con una serie de precisiones que resultan ser, como por azar, muy exactamente lo que yo enseñé sobre el sentido de la fórmula.

Se podrían decir muchas cosas a partir de esta noción, de este enunciado de que toda nominación en su uso debemos referirla siempre mentalmente al hecho de que es memorial del acto de la nominación. Ahora bien, este acto no se hace al azar. Acentuar el convencionalismo en tanto que intenta dar su estatuto al significante, es sólo una cara del problema. Convencional es el nombre, para quien recibe la lengua en su facticidad actual, en su resultado, pero en el momento en que el nombre se da, ahí está precisamente el rol y la función de elección de aquel que (muy genialmente y de una manera que a fin de cuentas jamás ha sido retomada) aquel que el *Cratilo* designa como un actor necesario en esta historia, a saber, lo que él llama el *δημιουργός ὀνόματος*, el artífice del nombre. Éste no hace cualquier cosa, ni lo que quiere; para que la denominación sea aceptada se necesita algo que no basta ni siquiera con decir que sea el consentimiento universal, porque ese consentimiento universal, ¿quién lo representará en el campo de un lenguaje? Esta denominación se produce en alguna parte. ¿Qué hace que se propague?

El otro día les hablaba de la hazaña colectiva que representa la aparición en el espacio de ese extraordinario nadador del que les mostré por un instante qué volteretas podía dar para nosotros en la imaginación todo tipo de maneras singulares de ilustrar, les dije, la función del objeto *a*. No insistí ¡no importa! Pero volveré. Pero qué extraño en últimas que nadie haya pensado hasta hoy llamarlo con el nombre que seguramente le resulta más apropiado y propicio. ¿Cómo es posible que no haya respondido al llamado cuando se es tan intrépido, tan tranquilo para calificar de cosmonauta a personas que se propulsan en un campo que seguramente ningún cosmos, en los tiempos en que había una cosmología, cuya trayectoria nadie había previsto jamás [*sic*]¿Por qué no llamaríamos a Leonov, por el lugar que ocupa si puedo decirlo (desde hace mucho tiempo, desde cuando hay gente que nos pinta a los mensajeros que surgen en alguna parte, en el espacio, provistos con esas plumas ridículas que convierten su imagen en verdad, en todos los cuadros, en algo propiamente hablando intolerable), por qué es que no se lo llama un ángel?... Vean pues, ¡se rien ustedes! Pues es por eso que no se le llamará un ángel. No se lo llamará un ángel porque, como quiera que

sea, cada cual está aferrado a su buen ángel, ustedes creen en eso. Hasta cierto punto yo también. Yo creo en eso porque no se los puede eliminar de las *Escrituras*, lo cual le subraye un día al padre Teilhard de Chardin, que casi llora. ¡Es también la diferencia entre mi enseñanza y lo que se llama progresismo! Me parece que la debilidad está del lado del progresismo. Esta pequeña prueba tiene no obstante un aspecto decisivo, pues ven bien que a una novedad no se la puede llamar de cualquier manera, aún cuando parezca llenar con un vino nuevo la vieja cuba [*oultre*]... El ultra-ángel [*L'oultre-ange*]¹ siempre está ahí.

Ya ven que esta experiencia que concierne a la nominación nos haría desembocar directamente también hacia la función de las lenguas muertas. Una lengua muerta no es en absoluto una lengua con la que no se pueda hacer nada, como lo prueba la experiencia; desde que el latín fue lengua muerta sirvió eficazmente como lengua de comunicación. Hasta es por eso que pudimos tener, durante todo ese período llamado escolástico, lógicos extraordinariamente buenos; la *ρησις* funciona, y admirablemente, y tanto mejor tal vez, justamente por cuanto ella permanece ama del terreno. La *ρησις* funciona admirablemente en una lengua muerta, pero no la nominación. Recibí ecos humorísticos; como mi impotencia momentánea me impidió ojear tantas páginas como acostumbro estos últimos tiempos, lamento no poder sacarles, de las actas del Concilio Vaticano, la manera como se expresaba allí la designación del autobús, por ejemplo, o del bar, que al parecer funcionaba por ahí en una esquina; les iba bastante mal. ¿Cómo hacer nuevas nominaciones en una lengua muerta? Quiero decir, nuevas nominaciones que se inscriban en la lengua. En cambio, todo el *De vulgari eloquentia* al que me referí en mis lecciones de comienzos de este año, me refiero a esa obra de Dante, puramente admirable, donde se defiende la función propiamente literaria, *la lingua grammatica* que él suponía hacer con su toscano, elegido entre otros tres, léanlo (es más difícil de conseguir que el *Cratilo*), léanlo y verán hacia qué se inclina Dante, hacia una realidad de la que sólo puede hablar un poeta, que propiamente hablando es la de esta adecuación, que sólo a un poeta le es dado sentirla, de la forma fonemática que ha tomado una palabra y de ese intercambio entre el significante y el significado que es toda la historia de la mente humana.

¿Cómo un significante, insensiblemente, pasa a uno de esos costados del significado que no había aparecido aún? ¿Cómo el significante mismo cambia profundamente con la evolución de las significaciones? Eso es algo sobre lo que lo único que puedo es pasar, pero donde, por lo menos les indico una referencia: que el latín *causa*, tomó su peso a partir del día en que Cicerón tradujo por *causa* la *αἰτία* griega, es el punto de giro que hace que al final, esta causa, que aún es la causa jurídica primero, la *causa* latina haya llegado al final para designar la *res*, la cosa, cuando la *res*, la cosa llegó a ser para nosotros la palabra nada [*rien*].

Esta historia del lenguaje es algo que, para no ser propiamente hablando el campo en el que ha de operar el psicoanalista al proseguir su práctica, le muestra a todo momento las vías y los modelos en los que debe captar su realidad. Y en la intervención que hizo Leclair del “POOR (d) J’e-LI” sobre la cual, ejemplo paradigma, se hizo la pregunta sobre en qué

¹ *L'oultre-ange*: “el ángel odre”; ¿evocación también de *l'outrance*, la ultranza? [n. del T.]

borde estaba: ¿preconsciente, inconsciente? ¿Es un fantasma? Creo que la imagen de partida en la que conviene fijarnos, para comprender de qué se trata, es que [es] aquello de lo que se encuentra más cerca y ahí hallamos la experiencia analítica. ¿Quién de los analistas no ha palpado la función, en cada uno de sus analizados, de algún nombre propio, el suyo o el de su cónyuge hombre o mujer, de sus padres, hasta del personaje de su delirio, que juega con el nombre propio en la medida en que se pueda fragmentar, descomponerse, hallarse infiltrado en el nombre propio de algún otro? El “POOR (d) J’e-LI” de Leclair es ante todo algo que funciona como un nombre propio.

Y si tengo que designar el punto de la botella de Klein donde ese “POOR (d) J’e-LI” ha de inscribirse, es en el borde, si puedo decirlo, el orificio de reversión a través del cual, al tomar cualquiera de los lados en cuestión en esta doble entrada de la botella de Klein siempre al envés de la una le corresponde el derecho de la otra e inversamente. Y si quieren una imagen que les satisfaga aún más, la función del “POOR (d) J’e-LI” o de cualquier cosa que en la historia de alguno de nuestros pacientes pudiese [...] corresponder allí, pues bien, se trata de la función propia que, respecto a un patrón, en el sentido que puede tener esa palabra para la costurera, el patrón que representa el fragmento de tejido [...] que servirá para descomponer tal puntada del vestido, o tal manga, donde la función de las letricas está destinada a mostrar con qué debe ser cosida alguna cosa. Es a partir de allí que puede captarse, comprenderse, esta función de sutura facticia, que debería permitirnos con la suficiente atención, con un método que es justamente el que intentamos crear aquí o por lo menos sugerirles, permitirnos captar y hasta diferenciar, en esta imagen una especie de soporte primitivo con el cual podría distinguirse la manera como se hacen las suturas en tal o cual. Con eso quiero decir que eso no se hace ni en el mismo punto ni con el mismo objetivo en el neurótico, en el psicótico ni en el perverso. La manera como se hacen las suturas en la historia subjetiva está propiamente en la imagen, el paradigma de Leclair, puesto que se trata de algo que constituye su valor, y que no es pura y simple curiosidad fonológica; esta sutura está estrechamente asociada a lo que Leclair designa como la diferencia exquisita, diferencia sensorial. Y ahí es donde se especifica el rasgo obsesivo; ahí está ese nuevo elemento que puede agregársele a lo que, propiamente hablando, se llama clínica, en la medida en que el psicoanálisis tiene algo que adjuntarle a esa antigua palabra de clínica. En esa sutura misma está atrapado ese punto exquisito de lo sensible, ese aspecto de cicatriz, yo diría casi queloide, para llegar hasta la metáfora, ese punto elegido que designa, en el obsesivo, algo que queda atrapado en la sutura, que hay que, propiamente hablando, desbridar. Esto es lo que nos permite situar el punto original de aquello que, por otra parte, puede servir como demostración sobre la función del significante, pero que también nos designa la función particular que ocupa en el ejemplo así aislado.

Todo esto exige seguramente que nos tomemos el trabajo de hacer circular esas nociones que, en efecto, no son nuevas, que ya pueden encontrarse en Freud y que sería fácil; creo que no necesito designarle a todos los que lo han leído un poco en qué punto podemos encontrar sus homólogos, desde el *aber*, el *Abwehr*, el *amen*, que es *Samen* en *El hombre de las ratas*⁵³⁻⁵⁴ y muchos otros. Pero también, si es ahí donde hemos de ubicar algo cuyo

secreto y manejo intentamos volver a encontrar, no será seguramente desviándonos ni ateniéndonos a lo que se nos da sino intentando proseguir, según la fórmula de Freud, la construcción, respecto al sujeto, que podemos extraer su conveniente provecho. Si saben buscar su instancia, volverán a hallar en todos esta separación, esta separación que deja en el nombre esa sutura por él representada.

Œdipus... en últimas lo tomo porque me lo solicita el hecho de que en efecto es el primero que puede venirnos a la mente. *Œdipus*, pie hinchado ¿va de suyo? ¿Qué hay en el hueco entre la inflamación y el pie? Justamente, el pie perforado. Y del pie perforado no se dice que haya sido vuelto a pegar. El pie hinchado, con su enigma que queda abierto en el medio, tal vez está más en relación con toda la historia edípica de lo que parece al principio. Y ya que alguien se entretuvo presentificando mi nombre en este debate ¿por qué no divertimos un poco? Puesto que Jacques es, por una parte, Israel (de esto habló uno de nuestros testigos en el seminario cerrado), Lacan quiere decir *lacen* en hebreo, es decir, el nombre que conserva las tres consonantes antiguas que se escriben más o menos así [fig. XV-1]. Pues bien, ¡eso quiere decir y *sin embargo!*



Fig. XV-1

Si este año le doy a ese tejido, a esa superficie, que es aquella en la que intento dibujarles la topología del significante, esta nueva forma (en la historia del pensamiento matemático, y por lo tanto forma lógica), forma que no es por azar que haya llegado tan tarde, si Platón no la tuviese, y que sin embargo es tan simple, banda de Mœbius que redoblada da la botella de Klein, ¿cuál es el enigma que allí reside? ¿Qué quiero decir? ¿Acaso creo que existe? Es claro que evoca analogías, y en el campo biológico propiamente dicho.

La última vez indiqué, para quienes estuvieron en el seminario cerrado (lo repito aquí porque aquí puede repetirse la consigna para mi público completo), hablé de *El nacimiento de la clínica* de Michel Foucault. Dije que era una obra que había que leer por su enorme originalidad y por el método en que se inspira, el acento que pone en el viraje de la instancia anatómica en el pensamiento nosológico. Impresiona y sorprende ver que en esta incidencia (quiero decir: de la anatomopatología), el cambio de mirada, el cambio de foco que hace pasar de la consideración del órgano a la del tejido, es decir, de superficies tomadas como tales, con el modelo entendido esencialmente como lo que distingue la epidermis de la dermis, los pliegues de la pleura de los del peritoneo, en el total cambio de significación que adquiere el término de simpatía a partir del momento en que, siguiendo esos pliegues, esos clivajes, que toda la evolución de la embriología ha hecho tan palpables, en resumen, que desde el *Tratado de las membranas* de Bichat, la anatomía cambia de

sentido y cambia al mismo tiempo el sentido de todo lo que puede pensarse de la enfermedad.

La manera como esos pliegues se envuelven, particularmente en el campo embriológico, se anudan, se contornean, llegan a ese punto de estricción, como de cierre de un bolso, de cierre de una bolsa para aislarse en su forma adulta, es algo que merecería ubicarse, casi a manera de un ejercicio, en cierta forma estético, pero que ante el biólogo tendría ese efecto de sugestión que, por lo demás (no dudo que muy pronto, pues una vez dada la cosa, y siempre en la punta de un cierto orden de reflexión, que es en una estructura original de torsión del espacio, en su manera comparable a esa curvatura que el físico capta en un cierto nivel del fenómeno, en otra forma de torsión, de involución, como ya parecen estar las palabras preparadas para acogerlas) residiría la originalidad de la función viviente del cuerpo como tal.

En verdad, esto no es más que sugestión de paso que busca, en el punto en que los dejo antes de las vacaciones, escandir ese algo con el que yo querría ilustrar de una manera más viva lo que contienen fórmulas como aquellas a las que he regresado varias veces y que planteo como esenciales, diciéndoles primero que es el eslabón clave para evitar deslizar hacia alguno de esos errores de derecha o de izquierda demasiado rápidos o demasiado [...] ilustrarles esta fórmula de que el significante, a diferencia del signo, es algo que representa a un sujeto para otro significante. Tal vez haya habido aún ahí cosas ante las cuales, por no estar acostumbrados a la fórmula, eviten ustedes extraer consecuencias. No me atuve a esto porque el año pasado, al darles la fórmula, tal vez nueva a ojos de algunos, de la alienación, representa, dije, a un sujeto para otro significante, pero en la medida en que si el significante determina al sujeto, al determinarlo lo tacha, y esta tachadura quiere decir al mismo tiempo vacilación y división del sujeto. Hay ahí seguramente algo que en su paradoja (y les afirmo sin embargo que no intento hacerla más pesada), que la paradoja no era el medio como yo buscaba capturar la atención; que, si puedo decirlo, la paradoja me fuerza a mí mismo, por ser sin embargo esencial acentuarla.

No digo que el significante no pueda ser materialmente semejante al signo, signo que representa algo para alguien. La teoría del signo se impone tanto, se impone a tal punto a la atención de ese momento que vivimos de la ciencia, que pude escuchar a un físico con quien sostengo largas discusiones, decir que a fin de cuentas, los cimientos, el asiento de toda la teoría física en tanto que exige el mantenimiento de un principio de conservación llamado conservación energética, sólo podrá entonces hallar este asiento, esta certidumbre última, cuando hayamos llegado a formalizar todo el descubrimiento físico moderno en términos de intercambio de signos. El prodigioso éxito de la concepción cibernética, que se dirige ahora hacia esta extraña cosa que se califica como información, le apuesta al registro de la información, toda especie de transmisión a distancia por poco que en cualquier momento se presente como acumulativa; tal vez voy un poco rápido, que quienes saben estimen, de lo que digo, su pertinencia a su manera y a su antojo...

En biología, por ejemplo, se llegará a hablar de información para definir lo que emana de tal sistema glandular en la medida en que esto repercutirá más allá en algún lugar del

organismo. ¿Quiere esto decir que haya que entender en eso dos polos llamándolos emisor y receptor? Hágase lo que se haga, se subjetiva, lo cual resulta propiamente hablando, ridículo. En últimas, ¿por qué por esta vía no considerar como información los rayos solares, puesto que al acumularse en alguna parte en la clorofila, o simplemente al recalentar el botón de la planta, determinan y se acumulan en los efectos de eclosión, de abertura de la planta viva?

La ingenuidad con la que al parecer se adopta, en esta formalización de ese tema de la información, la función del emisor y del receptor, sin que se note hasta qué punto, ahí, se pisotea el terreno del viejo sujeto del conocimiento, a saber, que a fin de cuentas, al tomar esta vía en la que cada punto del mundo sería valorado por la manera como más o menos conoce todos los demás puntos, tiene algo singular, paradójico, donde se manifiesta, de la manera más apreciable, una pérdida, y cuyo modelo sólo puede darlo manifiestamente lo siguiente: que estamos acostumbrados ahora a disponer del manejo de objetos que podemos alejar casi indefinidamente de nosotros, que son máquinas, y respecto a las cuales, en la medida en que las hacemos (justamente, esas máquinas), ser sujetos, que las pensamos como máquinas que piensan, que efectivamente, reciben de nosotros informaciones gracias a las cuales ellas se dirigen.

Hay en eso una especie de evolución, hasta de deslizar del pensamiento, para el cual, en últimas, no veo obstáculo alguno. En cierto campo, a condición de definirlo, puede producir, y producir servicios enormemente apreciables, la equivalencia información-*mé* [...] parece tener cierta fecundidad en física. ¿Podemos contentarnos con eso en lo que concierne al estatuto del sujeto respecto al signo? El signo puede parecerles en cierta forma sostenible, si lo entendemos precisamente de esta manera que continuamos diciendo que funciona siempre para alguien. La inversión de esta posición, a saber, que en los signos hay unos que son significantes en tanto representan al sujeto para otro significante ya ven en qué medida, en últimas, responde a esta tendencia, a esta curso del pensamiento, pero ese sujeto nos permite hacer de eso otra cosa, otra cosa determinable, localizable, y cuyo metabolismo puede ser aprehensible con sus consecuencias. ¿Y por qué? Forjé para ustedes un ejemplo, o más bien lo tomé, no cualquiera, lo tomé del artículo de un lingüista que,

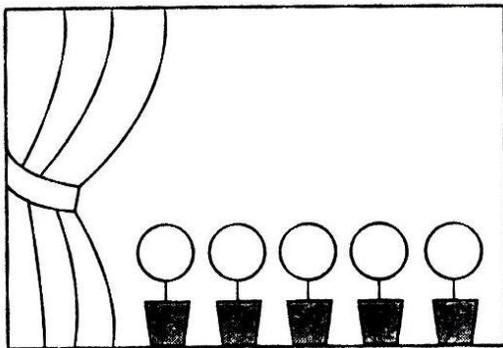


Fig. XV-2

literalmente, aunque lo plantea para definir qué es el signo lingüístico, fracasa en ello, debo decir, radicalmente. Y retomo el mismo ejemplo para intentar hacer con eso algo para ustedes: una muchacha y su amante. Convienen, para encontrarse, el siguiente signo: cuando la cortina (modifico un poquito el ejemplo), cuando la cortina esté recogida, esto querrá decir “estoy sola”. Tantas materas, tantas horas. Cinco materas indican así “estaré sola a las cinco” [Fig. XV-2].

En función de que esta convención ha sido fundada en palabras, en un lenguaje, en la medida en que hay nominación, acto fundador que hace de esa cortina algo diferente a lo que es, ¿acaso podemos identificar esto pura y simplemente con un signo, con una combinatoria de signos puesto que hay dos, en otros términos, con un semáforo en verde, al que se le adjuntaría un índice? Digo que no. Y como eso no se entiende enseguida, me veo forzado a forzar lo que guardo en la manga, o, en otros términos, a interrogarlo con mis fórmulas.

Sola; pongamos sola en el lugar de la cortina. Definí que el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante. Que el amante esté o no ahí para recibir aquello de que se trata, no cambia en nada el hecho de que “sola” tenga un sentido que va mucho más lejos que decir semáforo en verde. ¿Qué quiere decir “sola” para un sujeto? ¿Acaso el sujeto puede estar solo, cuando su constitución de sujeto es estar, si puedo decir, cubierto de objetos? Solo, quiere decir otra cosa, quiere decir que el sujeto desfallece en la medida en que ahí no hay “uno [un]” [Fig. XV-3a], que podemos duplicar siguiendo la fórmula [Fig. XV-3b] en la medida en que ahí no hay uno solo [un solo, *un seul*].ⁱⁱ

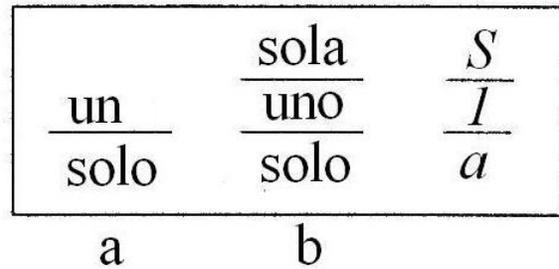


Fig. XV-3

Segundo elemento: las cinco. Con la adjunción de este segundo elemento se instituye la estructura elemental de la $\rho\eta\sigma\iota\varsigma$. Si quieren lo ilustro lo más rápidamente posible) puedo decir que uno u otro pueden servir de sujeto o de predicado. “Sola” predicado de un “las cinco”, “las cinco” predicado de “solamente”. Eso puede querer decir tanto “sola a las cinco” o “solamente cinco horas”.

Esto es totalmente secundario frente a lo que tengo que mostrarles, a saber, que en este intervalo, el solo que está en el denominador del uno solo [un solo] que determina lo que ella es, ese solo, en su buena función de objeto *a*, debe surgir, a saber, que entre los dos, entre sola y a las cinco, el amante es llamado expresamente como el único [*le seul*] que puede colmar esta soledad [Fig. XV-4].

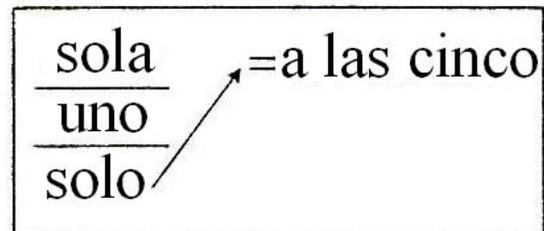
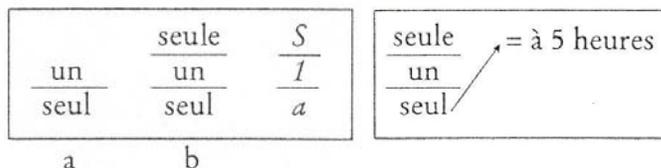


Fig. XV-4

ⁱⁱEstos los esquemas sin traducir:



En otros términos, lo que vemos producirse, lo que hace que, en tanto estructura significativa, esto se sostenga y subsista, es en la medida en que el λέχτού, o lo que es legible de lo que así se expresa, deja abierta una hiancia en donde se estructura la función de un deseo. Aquel a quien ese λέχτού se dirige, ya sea que lo lea o no, en el λέχτού está llamado a funcionar en la hiancia, en el intervalo que determina dos direcciones, por una parte el “sola a las cinco” y la dirección de lo que los estoicos llamaban no sin razón el τυγάου, la cita, el encuentro electivo, y, en el sentido contrario, lo que el sujeto, dividido en su anuncio de estar solo, oculta y disimula, que es su fantasma que es ser la única [la sola]. En la división del sujeto, haberse convertido, como objeto, en la única [en la sola], funciona como deseo que pende enteramente del deseo del Otro. Sólo el deseo del Otro da sanción al funcionamiento de este llamado. El deseo fantaseado por el sujeto que se anuncia como solo para ser la única [la sola], ese deseo, es el deseo del Otro.

El acento que aquí se pone en la fórmula *el significante representa al sujeto para otro significante*, lo notaron ustedes, consiste en diferenciar el significante, no del lado del receptor como siempre se hace, y donde se confunde con el signo, sino del lado del emisor, porque si digo que el significante representa al sujeto para otro significante, es en la medida en que el sujeto en cuestión es el que lo emite.

Ahora bien ¿qué queremos decir cuando hablamos de lo inconsciente? Si lo inconsciente es lo que les enseñó porque está en Freud, allí donde eso habla, deben poner ustedes el sujeto detrás del significante que se anuncia. Y ustedes, que reciben ese mensaje de su inconsciente, están en el lugar del Otro, del desconcertado. Y, para hablarles en los mismos términos del otro día, “Bebedores tan ilustres y sifilíticos tan preciosos”, lo cual hoy en día se traduce como se lo traducía detrás de una ventana considerando mi abundante auditorio de Sainte-Anne: “¡público [...] de homosexuales y toxicómanos!” (el público de los demás siempre está constituido por homosexuales y toxicómanos), todos ustedes entonces, psicóticos, neuróticos y perversos que hacen parte de mi auditorio en tanto Otro, ¿qué significa esto? ¿Que están ustedes ante ese mensaje? Pues bien, ese es un punto importante por precisar, porque ahí hay un rasgo de clínica, quiero decir, de apertura en dónde ubicar el interrogante.

Si usted es psicótico, quiere decir que se interesa en el mensaje esencialmente en la medida en que ella [¿él?ⁱⁱⁱ] sabe que ustedes lo leen. Siempre se olvida al examinar al psicótico. Él, no sabe qué quiere decir el mensaje, pero el sujeto engendrado en el significante del mensaje sabe que él lo lee, a él, al psicótico. Y no diré que se trate de un punto en el que nunca se insiste suficientemente; es un punto que jamás ha sido visto.

Si usted es neurótico, se interesa usted en la cita, y por supuesto, para fallar a ella, porque, de todas maneras, no hay ninguna cita.

Si usted es perverso, se interesa en la dimensión del deseo, usted es ese deseo del Otro, está atrapado en la medida en que el deseo es siempre el deseo del Otro, usted es la pura víctima, el puro holocausto del deseo del Otro como tal.

ⁱⁱⁱ Este comentario entre corchetes es de los miembros de la Association Freudienne Internationale que participaron en la elaboración de su edición.

Es tarde (porque me retardaron) y por eso hoy no podré mostrarles, en la botella de Klein misma, que ahí están los campos que este comienzo determina. Sepan que el primer miércoles de mayo retomaré ahí mi discurso. Les digo, ya que la última vez me preguntaron de nuevo si mi seminario se realizaría después de que ya lo había anunciado terminantemente, que el último miércoles de este mes de abril habrá un seminario cerrado.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Belén del Rocío MORENO CARDOZO
Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN
Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA
Javier JARAMILLO GIRALDO
Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ
Pilar GONZÁLEZ RIVERA
Tania ROELENS HRNCIROVA

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com